

CARTA

dirigida á la redaccion

DE

EL PROGRESISTA NAVARRO,

CON MOTIVO DE LA PASTORAL

DEL

EXCMO. E ILLMO. SR. OBISPO DE PAMPLONA,

POR

D. Luis Maria Lasala,

CATEDRATICO DE LA ESCUELA NORMAL SUPERIOR DE NAVARRA.



PAMPLONA:

Imprenta de Julian Muñoz y Francisco Sabater,

1865.

6429

Sr. Director de El Progresista Navarro.

Muy Sr. mio y estimado amigo: Tengo que empezar estas pobres líneas pidiendo perdón al público por traer mi oscuro nombre á la arena del debate. Cuando se agitan cuestiones de alta importancia política y social; cuando violentos huracanes amenazan arrancar de raíz instituciones seculares y poderosísimas; cuando la razón humana controvierte los más áridos problemas, y la atmósfera cargada de electricidad, indica la proximidad de terribles sacudimientos; en estos supremos instantes, es impertinente sacar nombres á plaza, es inoportuno ofrecer una personalidad cualquiera á la consideración de un mundo profundamente agitado, de una sociedad que vacila en sus cimientos.

Pero, el público lo sabe, el Illmo. Sr. Obispo de Pamplona en un folleto político, á que ha dado el nombre de *Aviso pastoral contra la propaganda anti-catòlica*, hace alusiones tan claras á mi persona, pone tan de relieve mis circunstancias, que sólo falta mi modesta personalidad, expresada en las letras de mi pobre nombre, pronunciado, sin embargo, por todos en el momento.

Callar en tales circunstancias, pudiera parecer debilidad ó abatimiento. Levantar su voz en una reunión pública, emitir una idea, tratar de

grabarla en la mente y en la conciencia del pueblo, y cuando surge una dificultad, cuando se presenta un obstáculo, retirarse de la escena, abandonar el campo y confesarse vencido, es, además de indigno y desleal, propio tan sólo de quien carece de fé, de quien duda ó no cree en aquello que predica.

No: nosotros, pobres soldados de la idea liberal; oscuros y modestos, pero firmes, enérgicos y decididos campeones de la libertad y del derecho; nosotros, dedicados, si con poca inteligencia, con inquebrantable voluntad, al estudio de los grandes problemas políticos, no podemos, no, negar el concurso de nuestros esfuerzos, no negarémos jamás nuestras armas, la palabra y la pluma, á la defensa de las ideas que nos hemos formado, al sosten. de los principios que creemos más justos.

Hecha esta aclaracion, indispensable para justificar la firma de este escrito, firma que no hubiera aparecido de otra manera, pues hago al estamparla un sacrificio que acaso no comprendan en toda su extension los que nos juzgan ansiosos de aplausos y nombradía, entro, con el respeto que el carácter elevado de S. I. y su venerable ancianidad me inspiran, en mi respuesta al *Aviso pastoral*.

Es lo primero que á la vista salta, la extraña circunstancia de que se de un aviso contra la propaganda anti-católica y se inserten allí, condenándolas, unas palabras pronunciadas por mí en la reunion del partido progresista de esta Ciudad. Esas palabras que se refieren al reconocimiento del Reino de Italia, que consideran esta caesion bajo un punto de vista puramente político, que no aluden á ninguna consideracion religiosa, ¿pueden ser jamás católicas ni anti-católicas? ¿Ignora el Sr. Obispo que yo juzgaba allí un acto diplomático practicado dentro de nuestro derecho actual por el Ministro encargado de los asuntos extranjeros?

El catolicismo es un código moral, es un dogma religioso, es el conjunto de las creencias que tenemos acerca de Dios y sus obras.

El reconocimiento de los Estados, las relaciones que los unen, y la manera de plantearlas y romperlas, son cosas completamente distintas de aquella, no tienen relacion alguna con ella.

Reconocer un reino verdaderamente existente, un gobierno que funciona con regularidad, con tanta regularidad lo menos como el otro pais que lo reconoce, es afirmar un hecho cierto, es dar señales de que se vive y se juzga, es un acto tan sencillo como el de decir que es dia cuando brilla el sol en la inmensidad de los cielos.

Negarse á ese reconocimiento, pretender que se du le ó se proteste

la existencia de lo que existe verdaderamente, realmente, es negar que la luz hiere nuestras pupilas, es desconocer lo que á la vista está: es, en una palabra, mandar de nuevo al tormento á Galileo por afirmar que se mueve el planeta en que habitamos. No hay, pues, á esto otra respuesta que la inspirada del sabio mártir: *E pur si muove*.

Y si abrimos las páginas de la historia, si consultamos ese libro inmenso que guarda los hechos pasados para enseñanza de los tiempos presentes y venideros, aun nos atreveremos á probar al Sr. Obispo que el origen del poder temporal de los Papas estriba precisamente, nació, por decirlo así, de un reconocimiento parecido á ese, semejante al mismo contra el que hoy se lanzan protestas apasionadas.

Reinaba en Francia la dinastía merovingia. Glóvis ó Cloveo, su gran personificación, habia abrazado el catolicismo y sostenido después con sus armas, peleando en España contra Alarico y los visigodos, la firmeza y la sinceridad de su fé.

Fuéronse degradando los descendientes de aquel, y sonó en fin la hora, después de más de dos siglos de dominación merovingia, de que se hundiese aquella dinastía. Entónces aparece en Francia la institución de los Mayordomos de palacio, que de simples empleados, de intendentes ó administradores de los bienes del patrimonio, se convierten en tiranuelos, absorben poco á poco los poderes reales, y por último, fuertes y poderosos, habiendo preparado el terreno, acuden á Roma, consultan al Pontífice Zacarias, y este reconoce como legítimo al rey usurpador y declara que es preferible *que el soberano de hecho lo sea también de derecho*; y sanciona esta, que hoy se llamaría sacrílega usurpación, ungiendo con el óleo santo á Pipino el Breve, jefe y cabeza de la dinastía carlovingia!

Las consecuencias inmediatas de estos hechos tocáronse bien pronto; las remotas acaso se palpan hoy.

Los Carlovingios, reconocidos á la Santa Sede, llevaron sus tropas á Italia; lucharon contra los lombardos; se posesionaron del Exarcado de Ravena, y lo cedieron á los Papas, creándose de esta manera su poder temporal. Esto dice la historia; esta es la verdad pura, que nosotros, los *textos vivos del error*, tenemos la sagrada, la imprescindible obligación de enseñar y defender.

No voy á entrar en el exámen de la debatida cuestión del poder temporal: pero volviendo la vista á la aparición del cristianismo en la historia, oigo exclamar á Jesus: *Regnum meum non est de hoc mundo*; le veo confirmar esas palabras con su conducta, no buscando más trono que el Calvario, ni otra corona que su corona de espinas; observe

que la Iglesia católica, sin reinar más que en las conciencias, sin otros soldados que sus apóstoles y sus mártires, se propaga y extiende su civilizadora y santa doctrina ; veo que, según las palabras del cardenal Wiseman en su poema de las Catacumbas, los tesoros de la Iglesia se reparten siempre entre los pobres: y cuando comparo aquellos tiempos con el turbulento clero de la Edad Media, infestado de simonía, lleno de vicios, ocupado en el dominio y la posesión de los bienes terrenos desde el rey de Roma hasta los abades mitrados y los jefes de los monasterios, que tienen y llevan sus hombres de armas; contemplo ese clero contra cuya corrupción claman todos y que necesita para su reforma el potente brazo de un hijo del pueblo, de un pobre carpintero, del monje de la abadía de Cluny, de Gregorio VII, en fin, el gran agitador del siglo XI, y veo, sin embargo, á este mismo Pontífice muriendo en la soledad y el destierro por cuestiones que se rozaban más con su corona de Rey que con su espiritual soberanía; y reflexiono que en los tiempos modernos esa soberanía es objeto de una apasionada defensa; oigo sostener que es un dogma ese poder, lo cual probaria que estuvo el dogma incompleto hasta Carlo Magno, y veo al Papa, al representante en la tierra de aquel que, herido en una mejilla presentó la otra, nombrando un Ministro de las armas; y á Monseñor Merode uniendo en su cabeza la mitra episcopal con las insignias del jefe de los soldados del rey de Roma; y á los obispos de todo el mundo recogiendo las ofrendas de la piedad católica para sostener ese ejército y comprar cañones y máquinas de guerra y destrucción; y por último cuando leo que el Sr. Obispo de Pamplona califica de infame esta civilización moderna que ha convertido el pária del Asia, el ilota de Grecia, el esclavo de la República y el Imperio, el siervo de la Edad Media y el haraposo villano de los tiempos anteriores á nuestro siglo, que iba en bandadas á comer la sopa del convento, por falta absoluta de trabajo y ocupación, en ciudadano que sale de las fábricas y talleres donde las máquinas centuplican sus fuerzas, y su inteligencia unida á aquellas pone en contribución agentes desconocidos anteriormente, como el vapor y la electricidad, para que multipliquen el producto de su trabajo y le den el bienestar material, las dulzuras de la familia, las garantías del honor de su esposa y de sus hijas; la civilización moderna que ha ilustrado el espíritu del hombre para que sepa a lorar mejor al Eterno; la civilización, que es el desarrollo del espíritu humano en el tiempo y en el espacio; cuando pienso en todo esto, y oigo que nos califican de ciegos ó mal intencionados los mismos á quienes Jesucristo recomendó tolerancia, amenazando con el fuego eterno á los que

ofendieren á otro; me pregunto á mi mismo: ¿será un escarnio la razon, un sueño el pensamiento, una mentira la ciencia, una falsedad la historia?

Y ¿qué mucho que nosotros llamemos falanges de la ignorancia á los que sin saber lo que firman, y algunos sin saber hacerlo siquiera, desconociendo estos y otros hechos importantes y necesarios para formar juicio acerca de tales asuntos, acuden con exposiciones por otros inspiradas? Si los que mueven esas masas creen que el reconocimiento no es un sencillo acto diplomático; si creen que es un suceso importante, trascendental y por lo mismo complicado y difícil ¿cómo echan en la balanza de ese juicio el parecer de las mujeres y de los niños, el dictámen incompetente del obrero y el labrador, del sencillo habitante del campo y del ignorante vecino de la aldea, que apénas han recibido las más elementales nociones de la primera enseñanza?

Las dimensiones de esta carta nos hacen terminarla, dejando otras materias de que trató la pastoral. No concluirémos, sin embargo, sin hacer observar al Sr. Obispo que nosotros los liberales somos justamente los únicos partidarios del orden y de la paz, puesto que sólo el respeto á todos los derechos, la enseñanza de todos los deberes, la abolición de las grandes injusticias pueden afirmar aquel y establecer esta sobre firmísimas bases.

Duélenos como á S. I. que la Iglesia viva dependiente del Estado; lamentamos profundamente que reciban los Ministros del Señor el óbolo del Erario, como el portero y el barrendero, segun la expresion del Sr. Obispo. Por eso queremos nosotros, siempre firmes en nuestras ideas, que repetirémos cuantas veces sea preciso; por eso queremos la absoluta independenciam de la Iglesia y el Estado y el deslinde de sus atribuciones; para que de este modo, funcionando cada cual en su esfera respectiva, ordenando armónicamente su marcha, caminen trazando sus órbitas dilatadas, sin choques ni perturbaciones, como los astros en la inmensidad del espacio.

LUIS MARIA LASALA.

Pamplona 17 de Noviembre de 1865.

